Philippe Erlanger

Felipe V

Esclavo de sus mujeres

Ariel

Philippe Erlanger

Felipe V

Esclavo de sus mujeres

Traducción de Robert Sánchez

Ariel

Título original: *Philippe V d'Espagne*

Primera edición en esta presentación: octubre de 2018
Edición anterior: enero de 2003

© 2000, Editions Perrin

© 2003, Robert Sánchez, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2018, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2909-3
Depósito legal: B. 18.705-2018

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

EL ZORRO DE SABOYA Y SUS HIJAS

Henrieta de Inglaterra, Madame, cuñada de Luis XIV, había dado a luz siete u ocho veces en nueve años; monsieur, que la detestaba, había intentado de este modo deshacerse de su mujer en reiteradas ocasiones.

Dos hijas sobrevivieron. La mayor, María Luisa, se casó, a su gran pesar, con el rey de España, Carlos II. La segunda, Ana María, con tan sólo dieciséis años, fue desposada el 9 de abril de 1684 con el duque de Saboya, Víctor Amadeo II, de dieciocho años.

Situados entre tres gigantes, Francia, España y el Imperio, los pequeños duques de Saboya, que también poseían Niza y Piamonte, siempre habían conseguido desempeñar magistralmente su papel. Desde los comienzos de la interminable lucha entre Francisco I y Carlos V, y luego entre sus sucesores, estos príncipes astutos, pérfidos y buenos capitanes, no habían dejado de zigzaguear, pasándose de un bando a otro, dirigiendo los ejércitos o casándose, según la coyuntura, con las hijas de los Habsburgo, los Valois o los Borbones. Por lo general, en beneficio propio.

Tras casarse tardíamente por segunda vez con su prima María Juana Bautista de Saboya-Nemours, quien más tarde adoptó el título de madame Royale, el duque Carlos Manuel II, cuya Corte difundió su esplendor, murió en 1675 cuando su hijo Víctor Amadeo sólo tenía nueve años. Madame Royale ejerció la regencia.

Bella, con ingenio y fastuosa, no carecía de sentido político. De modo que se situó resueltamente en una línea de obediencia a

Luis XIV, a quien en todas partes llamaban «el Rey», porque entonces parecía ser el único en Occidente.

La boda del joven duque tenía como propósito estrechar todavía más esos lazos. «Nunca había visto algo tan lindo —había dicho poco tiempo atrás la mariscala de Villars, casada con el embajador de Turín—. Es el niño más amable que se pueda ver. Uno no puede ni imaginar su ingenio, delicadeza y perspicacia.»

El retrato hecho por el conde de Tessé unos veinte años más tarde no es tan halagador:

«Agrado, atento a decir lo que puede gustar y pensando con gran habilidad en impedir que sus interlocutores conserven de cuanto pudiera no resultarle agradable. Cauteloso más allá de lo imaginable; su disimulo va hasta tal punto que la pasión y la conversación nunca le llevan más allá de donde quiere llegar; ninguna educación, pero mucha inteligencia natural; glorioso y arrogante, interesado; ningún gusto por las mujeres, estima a la suya y la ama tanto como puede, pero sin experimentar ni hacia ella ni hacia su amante (la condesa de Verrue) ninguna apertura de corazón ni confianza de naturaleza alguna. Ningún cariño por su madre, poca estima, pero bastante consideración exterior hacia ella. A decir verdad, es un príncipe impenetrable que quiere y debe ser tratado con miramiento.» Un zorro como tantos otros miembros de su dinastía.

En 1685, la pequeña duquesa le dio una hija, María Adelaida, y Víctor Amadeo, ante el asombro general puesto que no se trataba de un varón, sintió una gran alegría. Varias veces al día, subía a ver a su hija. Incluso hizo que dispusieran un pequeño lecho para dormir junto a ella.

Esto debería haberle acercado más aún a la corte de Francia. Sucedió todo lo contrario. El duque soportaba mal la tutela del Rey Sol y, con una intuición muy certera, sentía que ese ser resplandeciente pronto palidecería.

La actitud del terrible ministro de la Guerra, Louvois, le hizo decidirse.

Louvois creía oportuno maltratar a los príncipes para consolidar la grandeza de su señor. Víctor Amadeo tras hacerle una petición, «se vio tratado —dijo— como una paje».

A modo de represalia acogió en su casa a su primo, el príncipe Eugenio de Saboya-Carignan, caído en desgracia, a quien Luis XIV negaba el cargo hereditario de coronel general de los sui-

zos. El Rey no sólo no lo quería por su aspecto enclenque sino por algo más grave: era hijo de su antigua amante, la demasiado famosa Olimpia Mancini, condesa de Soissons, culpada de haber envenenado a su molesto marido.

Después de que Eugenio abandonara Versalles no sin estruendo, Víctor Amadeo lo recibió con los brazos abiertos, le concedió veinte mil libras y le obsequió un caballo de España. Luis XIV, furioso, recortó en cien mil escudos la pensión que concedía al esposo de su sobrina. Como consecuencia, éste firmó en 1666 la liga de Augsburgo, la gran coalición que había formado Guillermo de Orange contra Francia.

El 22 de septiembre de 1688, la duquesa dio a luz una segunda hija llamada María Luisa Gabriela. Esta vez la decepción fue grande. Pero al fin y al cabo, las princesitas constituían unas piezas importantes en el tablero conyugal, es decir, el tablero político de Europa. De modo que madame Royale y Ana María de Orleans pusieron toda su atención en la educación de las jovencitas, al contrario de lo que se solía hacer en las demás cortes.

Eligieron una gobernanta excelente, Francoise de Faucigny-Lucinge, condesa de Noyers. Gracias a estas dos mujeres, las dos hermanas no tardaron en adquirir unas cualidades, un saber e incluso una habilidad inconcebibles hoy día en unas niñas de diez años. Sin ser bellas, tenían un gracia exquisita. María Luisa superaba a su hermana mayor en inteligencia y sobre todo en temperamento.

Ambas desde la cuna tuvieron conciencia de pertenecer a una raza casi divina y sintieron profundamente la vocación propia de los seres a quienes Dios había destinado para gobernar a los simples mortales. Esta vocación formaba parte de su propia naturaleza. A nadie se le habría ocurrido protestar contra ella o mostrarse sorprendido.

La guerra estalló, el duque de Saboya fue nombrado generalísimo de los ejércitos del Emperador. Sufrió muchas derrotas y perdió la mayor parte de sus Estados, el más importante el condado de Niza. Francia no dejaba de ganar unas victorias inútiles cuyo precio era la ruina de sus arcas y el agotamiento de su población.

En 1696, Luis XIV, al reconocer la necesidad de la paz, se empeñó en disgregar la liga. Al duque de Saboya fue a quien se dirigió en primer lugar, sabiéndolo sin escrúpulos. Resultó fácil ganárselo

ofreciéndole la devolución de sus posesiones y la unión de María Adelaida con el duque de Borgoña, nieto del rey. Trato hecho.

Para salvar las apariencias, Víctor Amadeo pidió al emperador la neutralidad de Italia. Pero el emperador se negó y su generalísimo cambió de bando conviertiéndose así en el generalísimo del adversario.

María Adelaida no había cumplido aún doce años cuando se presentó en Versalles y cautivó enseguida a todo el mundo, como antaño su abuela, Henrieta de Inglaterra, a quien se parecía mucho.

Inmediatamente Luis XIV se encariñó con ella. ¿También se encariñaría su «esposa de conciencia», la austera y devota marquesa de Maintenon? Le bastó con lanzarse al cuello de la temible dama y llamarla «Tía».

El viejo matrimonio de corazón seco se emocionó milagrosamente. Cualquier cosa que hiciese la niña impetuosa pero con el don de la oportunidad, todos exclamaban:

—¡Cuánta gracia! ¡Qué bonita es!

Con nueve años la pequeña María Luisa soñó con seducir a su vez, a un gran rey y con esperar, también, una corona.

Capítulo 2

UN NIETO DEL REY SOL

Cuando Luis XIV, se iba haciendo viejo, no había servidumbre más insoportable en la corte que la de los príncipes. El hijo único del rey podía dar fe de ello.

Le llamaban el gran delfín porque todo lo que atañía al monarca merecía ese adjetivo. También le llamaban Monseñor, un título inusitado que, en un principio, no era un homenaje sino una burla. Si Luis XIV había sido el primero en usar ese término, era a modo de broma ácida, porque alimentaba para con su presunto heredero los mismos celos tormentosos que en su tiempo Luis XIII le había manifestado a él mismo.

No obstante, el gran delfín parecía incapaz de infundir semejante acritud. De su madre María Teresa de Austria hija del rey de España Felipe IV, había heredado la dulzura, la sumisión y una inteligencia mediocre. Se le veía como si estuviera petrificado por su adoración, por su temor ante un padre formidable que le prodigaba unas ostensibles señales de afecto que a él no le engañaban. Monseñor no ocultaba a sus escasos solicitantes que la mejor manera de perjudicarles era que él intecediera en su favor.

Le habían asignado como ayo a un hombre intratable y brutal, el Alcestes de Molière, es decir su modelo, el duque de Montausier. Su preceptor fue el mismo Bossuet.

«¡Oh Reyes, sois dioses!» exclamaba de buen grado el ilustre predicador. Dirigiéndose al futuro dios y no al niño retrasado, lo abrumó con lecciones tan magníficas que el delfín aborreció cualquier ciencia y se apresuró a borrar de su memoria los cono-

cimientos que habían intentando inculcarle. Con dieciocho años, la pereza de su mente era semejante al entorpecimiento de sus sentidos.

No obstante, dieciocho años ya era edad de casarse. Como su política lo llevaba en esa dirección, el rey escogió como nuera a la princesa María Ana Cristina, hija del elector Fernando de Baviera, a quien Caylus encontraría «no sólo fea, sino también chocante». Resultó muy complicado explicar al joven querubín en qué consistía el deber conyugal. En el último minuto, la mariscala de Rochefort se ofreció y le dio una lección entre dos puertas que fue un éxito rotundo. La boda se celebró en Châlons en 1680.

—A primera vista no tiene buen aspecto —había confiado Luis XIV a la reina.

No por eso prodigó menos cariño a su nuera que, acostumbrada a más austeridad, se ofuscó ante tanta pompa y la libertad de la corte. El mismo Monseñor, asustadizo ante las altivas bellezas, entre las cuales el rey elegía a sus amantes, apreció a esa compañera tímida y sin gracia.

El 6 de agosto de 1682, su primer hijo nació en Versalles, esa fabulosa construcción donde se había instalado la monarquía tres meses antes. Era un varón al que llamaron Luis, duque de Borgoña. Un delirio de alegría se propagó tras la noticia de que la dinastía era dueña de su porvenir. «Nos volvimos casi locos —escribió el abad de Choisy. Todos se permitieron la libertad de abrazar al rey.» En su arrebató, una mujer le mordió la mano.

No hubo semejantes arrebatos cuando un año después, la delfina dio a luz a su segundo hijo, al que llamaron Felipe, duque de Anjou. El año 1683 fue una fecha clave del reinado; la muerte de la reina y de Colbert no fueron menos importantes que la derrota de los turcos ante Viena; era de esperar la boda de Luis XIV con madame de Maintenon.

La corte supo que acababa de consumarse una revolución cuando la antigua aya de los bastardos legitimados permaneció sentada en un sillón ante las princesas y, en la capilla, tomó asiento en la tribuna de la reina. A pesar de todo, tardaría mucho en admitir lo inadmisible. Diez años después, todavía se interrogaba. Lo cierto era que el rey trabajaba con sus ministros ante la dueña medio oculta bajo sus cofias negras y que alrededor de él, el clima, ya diferente desde el Asunto de los Venenos, cambió por completo.

Su Majestad «se pronunció en contra de los vicios escandalo-

sos a los que la juventud de la corte y su propia sangre se había dedicado». La devoción se convertía en el deber esencial. Si bien nada apagaba el destello de la pompa y de las fiestas —esos recursos de gobierno—, y el furor en el juego no mermaba, un puritanismo de encargo hacía rígida la compostura, asfixiaba la alegría y el ánimo.

Versalles «rezumaba hipocresía». Un día en que el rey comunicara que no podría ir a misa, y luego cambió de parecer, se asombró ingenuamente al encontrar la capilla más o menos vacía.

En 1660, cuando todavía era considerada una persona sin importancia, madame de Maintenon había recibido el cargo de doncella de la delfina. La orgullosa alemana no soportó verse inferior a la que debía cuidar de sus vestidos. Cometió el error de mostrarlo. Cometió otro no menor cuando pareció interesarse por los asuntos públicos. El hada malvada se complació entonces arruinando el afecto que le profesaba su suegro, y luego sembrando la discordia en su matrimonio. El nacimiento de un tercer príncipe, el duque de Berry, no acercó a ambos esposos.

«La delfina es infeliz —escribía madame Palatine— y, aunque se empeña en agradar al rey, se la maltrata a diario a instigación de la vieja. El delfín no se preocupa de nada en absoluto. Busca divertirse allí donde puede y se entrega horriblemente al libertinaje.»

María Ana Cristina no parece haber amado a su marido más de lo habitual entre los grandes. Toda su ternura iba a una de sus camareras, la Bassolla. Si no estaba obligada a presenciar alguna que otra parada, pasaba su tiempo en la única compañía de esa sirvienta, encerrada en un reducido gabinete detrás de su apartamento, sin vistas y sin aire. Esto provocaba muchos comentarios.

La delfina padecía «vapores» y, desde el nacimiento del duque de Berry, pérdidas de sangre continuas. Murió el 8 de abril de 1690. El rey lloró un poco y luego dejó de pensar en ello. El gran delfín también lloró y luego, sin que lo supiera nadie, se casó precipitadamente con la mademoiselle Choin, «una joven gorda y achaparrada, morena, fea, chata, con ingenio y ánimo de intriga y maquinación». Tal es, al menos, el retrato que de ella hizo Saint-Simón.

Los jóvenes príncipes sólo veían a sus padres durante las ceremonias. El mayor, el duque de Borgoña había nacido «terrible» con una precoz locura de soberbia. Le asignaron como preceptor a Fenelón, entonces muy en gracia ante madame de Maintenon.

Este mago prerromántico, devorado por ambiciones secretas, sedujo a su alumno, lo engatusó, lo desbarató, hizo de un chico tumultuoso y apasionado un tímido Eliacín. Al menos en apariencia. También lo preparó para ser un soberano que sería la antítesis del Rey Sol.

El año en que perdió a su madre, Felipe de Anjou quedó a su vez bajo la tutela de los hombres. Pero él no tuvo derecho a la bella enseñanza del futuro arzobispo de Cambrai. Era un cadete y no había nada menos envidiable que esa situación. Luis XIV guardaba el punzante recuerdo de los disturbios que los cadetes reales habían causado durante las guerras de religión, bajo Luis XIII y en la época de la Fronde. Los cadetes seguían representando a sus ojos el mayor peligro capaz de amenazar la autoridad monárquica. Por ese motivo, sabiamente, había rebajado y envilecido a su propio hermano, el duque de Orleans, Monsieur, y rabiaba en secreto por las brillantes cualidades que demostraba su sobrino, el duque de Chartres.

De ningún modo el duque de Anjou debería ser capaz de seguir un día el ejemplo de un Gastón de Orleans, de un condestable. Por consiguiente sus educadores le enseñaron ante todo la sumisión. Felipe se crío en una ignorancia total, en una fe supersticiosa donde el terror al infierno venía en primer lugar, y un miedo casi similar a su abuelo. Su preceptor, el duque de Beauvillier, un santo, según las ideas del momento, fue en gran parte responsable de ello.

A medida de que el rey avanzaba en edad, el mundo se inmovilizaba a su alrededor. Versalles, templo prácticamente hermético, salvaguardaba el pasado del flujo creciente de reivindicaciones e ideas nuevas. En ese país mágico de la ilusión, algunos centenares de personas que se aburrían a muerte, pero que preferirían sufrir cualquier suplicio antes que el de ser exiliados, se entregaban a intrigas complejas, a unos juegos irrisorios y crueles. Más potente aún que el aburrimiento, reinaba el miedo de disgustar a un déspota que no soportaba ni la crítica ni la contradicción.

Felipe ni siquiera sabía que, por parte de su madre, tenía algo de aquellos inquietantes Wittelsbach cuyas mentes solían estar casi igual de trastornadas que las de sus parientes españoles. En cambio, entendió muy pronto que era preciso contenerse, refrenar sus ardores, ocultar sus sentimientos. Semejante obligación pudo haber tenido graves consecuencias en tiempos de la pubertad si una singular apatía llegada por línea directa de Madrid y El Escorial no

se la hubiera vuelto soportable. Instintivamente el muchacho adoptó el único comportamiento que le podía evitar sospechas, enredos. Fue impenetrable como Luis XIV lo había sido en su primera juventud, pero, de forma opuesta a él, renunció deliberadamente a querer. Madame de Maintenon que sobre unos y otros posaba una mirada de institutriz, reconocía en el duque de Anjou la probidad, la lealtad y el sentido común, pero le encontraba «un talante particular e inseguro, con exagerada desconfianza en sí mismo, con un tono desagradable y el verbo lento».

Madame Palatine, menos pedante, escribía acerca de su sobrino segundo: «Parece austríaco, con la boca siempre abierta, se lo he señalado miles de veces. Cuando se le dice, la cierra, porque es muy dócil, pero en cuanto se olvida la vuelve a tener abierta... Si lo pusiéramos ante cien bocas de fuego diciéndole "quédate aquí", él aguantaría firme como una pared. En cambio, si alguna de las personas a las que él está acostumbrado le dijera: "Quítate de ahí", se iría. No tiene confianza en sí mismo. Todo lo que uno le dice que haga, lo hace, pero nada más.»

Al observar a los seres pérfidos, feroces, ávidos, con ingenio e insolentes que se agitaban en su universo cerrado, ya en aquel tiempo, la vida le asustaba. Resolvió apartarse de ella y soñar sin traicionarse, imitando, sin saberlo, a tantos antepasados portugueses y Habsburgo en busca de lo irreal.

Lo real se limitaba a cazar el lobo con Monseñor y a las magnificencias de la Corte como aquéllas que celebraron el enlace del duque de Bourgogne. La única dulzura era el cariño extremo que unía a los tres hermanos.

Luis XIV prodigaba poco cariño a esos nietos de quienes no había motivo, pensaba él, para enorgullecerse más que del gran delfín, definitivamente relegado en su reducido valor y apodado el *Gros Gifflard*. Prefería a sus hijos naturales, la princesa de Conti, la duquesa de Borbón y sobre todo al hijo mayor, nacido de sus amores con madame de Montespan, el duque del Maine. Ese pequeño cojo criado por madame de Maintenon había tomado, en el momento oportuno, el partido de su aya contra su propia madre. De modo que él era el favorito de la esposa secreta que había sabido despertar para su beneficio un sentimiento paternal en el rey.

Cabe señalar un detalle que ulteriormente cobraría una importancia considerable. Los ayos y preceptores, a fuer de buenos cortesanos, se cuidaron mucho de no infundir al duque de Anjou ese

horror a los bastardos que llevó a madame Palatine a abofetear a su hijo, el duque de Chartres, cuando éste aceptó casarse con otra legitimada, la mademoiselle de Blois. En cambio, no omitieron retratarle a ese desdichado de Chartres como un objeto de escándalo, a pesar de su valentía, por sus depravaciones y de su falta de piedad.

Felipe entró en su décimo séptimo año. El cabello rubio y los ojos azules características de los Habsburgo, que Ana de Austria había aportado a los Borbones, adornaban su rostro encantador en el que se podía vislumbrar, apenas esbozados, los rasgos ancestrales que un día lo estropearían. Ese guapo príncipe era serio, silencioso, modesto y como maniatado por una timidez llevada a sus más extremos límites bajo el efecto de la sombra agobiante que proyectaba el Rey Sol.

En los últimos días del siglo XVII nadie imaginaba que él podría ser, sino la causa al menos el pretexto, de una de las deflagraciones más espantosas de la Historia.